

un poco menos tímidos. De otra parte, ni una sola idea ni método; era una bullanga de holgazanes mejor que un motín. Las tiendas de Palais Royal cerráronse por temor al saqueo... Esto dice Mallet, un partidario de la monarquía y un enemigo de la revolución. Es decir, que cuando por primera vez la revolu-

ción baja á la calle, los hombres de la revolución no aparecen en parte alguna. Son los lacayos del antiguo régimen los que gritan y alborotan.

Mirabeau, tranquilo en su casa, escribe al alemán Mauvillon el día 2 de Setiembre:—«Estad seguro de que se acerca mi día.»



CAPITULO XI

GOBIERNO DEL ARZOBISPO DE TOLOSA

Siéntase la necesidad de fortalecer la dirección del Gobierno.—Pretensiones del arzobispo.—Las apoya la reina.—Oposición del rey.—Brienne ministro principal.—Dimiten los ministros de la guerra y de marina.—Debilidad del Gobierno.—Modificación ministerial.—El Parlamento en Troyes: es recibido en triunfo.—Ratifica lo hecho y lo comunica á los tribunales de su jurisdicción.—Trascendencia de esta medida.—Conducta contradictoria del arzobispo con las provincias.—Decreto de 2 de Setiembre.—Violencia de su lenguaje.—Suprimanse las vacaciones al Parlamento.—Triunfa el Gobierno de la resistencia del Parlamento.—Por qué.—Actitud del duque de Orleans.—Propone al rey la creación del Consejo de la guerra.—Crítica injusta de Weber.—Carácter de la situación.—Transacción entre el rey y el Parlamento.—¿Quién capituló?—Inconsecuencias.—Lamentos de Besenval.—Manifestaciones de París: su gravedad.—Política exterior.—Revolución de Holanda.—Concierto de Inglaterra y Prusia.—Francia abandona á los holandeses.—El duque de Brunswick penetra en Holanda.—Rinde á Amsterdam.—Los republicanos holandeses se retiran á París.—Excitación pública en su favor.—Difunden sus principios.—Estado político de Francia.—Cómo lo juzgaron Besenval, Lafayette y Mirabeau.—Consejos del abate Morellet.—La opinión en la corte.—Epremesnil acude en ayuda del gobierno.—Si obró de acuerdo con el Parlamento.—Base del arreglo: convocación de los *Estados generales*.—Inminencia de la bancarrota.—Linguet y Besenval la apoyan.—El rey se decide por convocar los *Estados generales*.—Cómo se obtuvo su asentimiento.—Política del Gobierno.—Vuelve Epremesnil á la oposición.—Famosa sesión del Parlamento del 19 de Noviembre de 1787.—Protesta del duque de Orleans.—Funesta respuesta del rey.—Destierro del duque y de otros parlamentarios.—Reclama el Parlamento su libertad.—Contestación gravísima del rey.—Surge la cuestión de la seguridad individual.—Actitud de los Parlamentos provinciales.—El edicto de tolerancia de los protestantes.—Antecedentes.—Proposición de Lafayette.—Actitud del arzobispo.—Lamentables escamoteos de las concesiones.—El presidente Dupaty.—No consiente el rey en dar abogados de oficio á los procesados.—Condénase á muerte á tres inocentes.—Dupaty los salva.—Abolición del tormento.—Si se debe ó no al rey.

EN vista de lo fácil que fué la represión, dió el gobierno en pensar que la energía y rapidez en el obrar, era lo que caracterizaba un gobierno que se hace temer y respetar, y que por consiguiente era necesario venir á una reconstrucción de la máquina gubernativa, de modo que ninguno de sus parciales movimientos pudiese paralizar el esfuerzo principal, de suerte que, en pleno gobierno absoluto, se sentía la necesidad de robustecer el principio de autoridad dentro del mismo gobierno. Tales son las consecuencias del régimen

personal! Cuando la persona tiene capacidad y voluntad suficientes, todo se mueve con propiedad y precisión, pero tan pronto esa cabeza y ese brazo se debilitan, en virtud de ese mismo imperio de lo absoluto que á todos hace déspotas, cada centro, cada organismo, cada individualidad se considera independiente y obra á su antojo. Esto lo hemos visto prácticamente. Como los ministros despachan con el rey, no se consideran solidarios entre sí, y es todo gabinete víctima de las camarillas, lo mismo que de las genialidades de sus individuos. Como el gobierno

no es la expresión de una idea ó de un plan, sino una suma heterogénea de elementos extraños movidos por influencias extragubernamentales, no es posible ni una línea de conducta, ni el desarrollo de un plan, cualesquiera que sean, sin que de una manera ú otra estalle la división, así cuando se trata de desterrar á los tribunales midiéndoles con el mismo rasero con que se midió al Parlamento, mientras unos dicen que sí, otros dicen que no, y como cada ministro debe dar cuenta de su conducta á sus pro-



ROCHAMBEAU

mer ministro, y el rey no quería ni á Brienne ni un primer ministro. Había declarado que era él el que gobernaba, y no quería volver atrás. Entonces ¡quién lo creyera! se abandonó la idea de nombrar un *primer ministro...* para crear un *ministro principal*, y el rey se dió por satisfecho. Todo esto no podría creerse por lo infantil, si Sallier, testigo de mayor excepción, no lo declarase.

Cuando Brienne, ministro principal, ordenó el rey que en lo sucesivo, antes de que ministro alguno fuera á despachar con él, se pusiera previamente de acuerdo con el arzobispo. Los ministros de la guerra y de marina fueron sólo los que se pronunciaron en contra, ó mejor, fueron los que insurreccionaron, declarando que ellos no podían reconocer en el arzobispo autoridad superior á la suya. Hubo de aceptarse su dimisión y colmarles de alabanzas y recompensas, y hay que leer esto en Besenval para

tectores, se hace pública la debilidad interior del gobierno, y esta debilidad engendra la impunidad y la osadía.

Fuese Brienne, fuese la corte los que empujaron para simplificar la dirección de la política, lo cierto y positivo es que la reina intervino en favor de la subordinación en el gobierno, como base de la subordinación del país á la autoridad gubernamental. Comprendía el rey que su esposa estaba en lo justo, pero, María Antonieta recomendaba á Brienne para pri-

formarse una idea de la corrompida máquina oficial del antiguo régimen. Todas estas bajezas eran necesarias para no dar á la salida del gobierno de los dos militares, una significación tal que pudiera traerle ahora al gobierno un conflicto con el ejército, de modo, que cuando se creía necesaria una mano vigorosa, se obligaba á esta mano á cariciar los mismos elementos revoltosos.

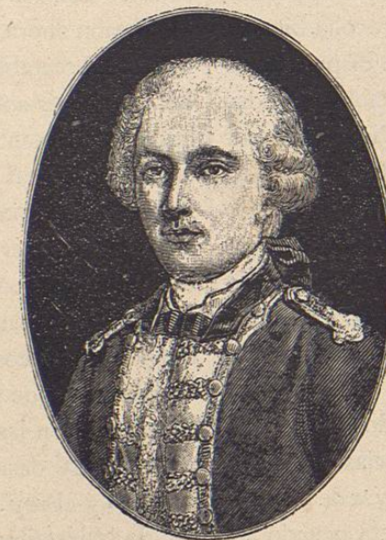
Brienne se dispuso para asegurarse el beneficio de esta doble retirada, poniendo al frente de guerra y marina hombres de su obediencia; dió, pues, la guerra á un hermano suyo que estaba muy lejos de tener una reputación militar y que á la sazón ejercía el mando de la Guiana, y la marina se la dió á Luzerne que á la sazón estaba en Santo Domingo y que no había de tardar dada la distancia y supuesto que admitiera, más que dos ó tres meses en tomar posesión de su cargo. Ahora fuese que el contra-

lor general no quisiera continuar, fuese que el arzobispo quisiera tener á su disposición el dinero, de la misma manera que ya disponía de las armas, lo cierto es que el contralor general dimitió, reemplazándole Lambert, antiguo consejero real, hombre de administración, pero incapaz de preparar ni concebir plan alguno para llenar el exhausto Tesoro.

Había, pues, Lomenie conseguido lo que ambicionaba. El era el gobierno, él era el primer ministro; veamos ahora que diferencia va de un cardenal á un arzobispo, ya que el Parlamento instalado en Troyes

lejos de pedir perdones continúa impávido en su oposición.

Instalado el Parlamento en Troyes en donde fué recibido en triunfo, de modo, que por algunos días no pudo continuar sus tareas obligado á recibir comisión tras comisión de todos los centros oficiales que pasaban á felicitarle... por su energía, lo primero que hizo fué confirmarse en todo lo que había hecho, cometiendo finalmente la gran imprudencia de ordenar al Procurador general que hiciera imprimir y circular por todos los tribunales de su juris-



LA LUZERNE

dicción, los acuerdos que había tomado, lo cual era excitar á media Francia á la rebelión. ¿Y en qué circunstancias se hacía esto? Cuando las provincias soliviantadas lo mismo que París veían á sus representantes, á los hombres del privilegio, fomentar el desorden y la anarquía á propósito de los edictos reales, y cuando el Gobierno para sofocar su agitación se veía obligado á conceder á unas provincias lo que negaba á otras. Así el Hainaut protestó de las Asambleas provinciales, pidiendo la vuelta al antiguo régimen, es decir, que se le reconociera como un país de Estados, y esto mismo que Lomenie concedió á Valenciennes, se lo negó á Grenoble, es decir, al Delfinado. De modo que por todas partes cundía el espíritu de revuelta, dando ejemplo de él, los Parlamentos provinciales.

Brienne, resuelto á obrar, tan pronto tuvo conocimiento de lo resuelto por el Parlamento en 27 de Agosto, se dispuso para anular el acuerdo tomado, expidiendo al efecto, el decreto de 2 de Setiembre, que hizo entrever á Mirabeau la proximidad de su

día. La exposición de motivos del decreto, es enérgica, violenta, y califica el último decreto del Parlamento «de más atentatorio que los otros de la autoridad real, y más indecente aún en sus expresiones, punto que el Parlamento se olvida hasta el extremo de declarar al gobierno capaz de llevar á la monarquía francesa al despotismo, de disponer de las personas por mandamientos, de las propiedades por hechos de justicia, de los negocios civiles y criminales por evocaciones ó casaciones, ó suspendiendo el curso de la justicia por medio de destierros particulares ó traslaciones arbitrarias.» La violencia, pues, de la respuesta no excedía de la del ataque. Lo decretado se reducía á amenazar con las más severas penas á todos cuantos se prestaron á ejecutar las órdenes del Parlamento, de modo que éste se vió paralizado de repente, pues nadie se atrevió desafiar al arzobispo que parecía dispuesto á usar las medidas más rigurosas. Aún hizo más el Gobierno, preveyendo el momento de las vacaciones y la vuelta á París de los miembros del Parlamento, suprimió las vacacio-